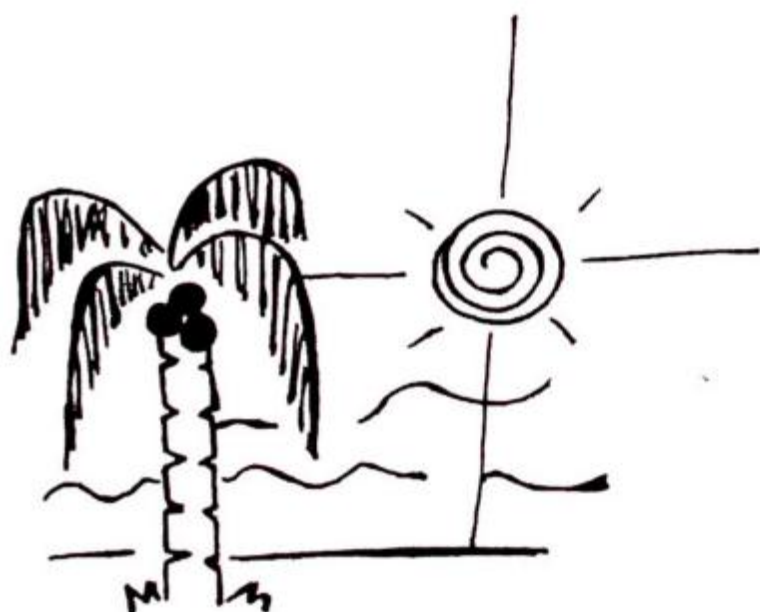


Como crítico y profesor, Luis Alberto Álvarez ayudó a abrir horizontes en un medio de posibilidades culturales limitadas. Las películas que presentaba en sus cursos —algunas se llamaban *Películas invisibles*, por la dificultad que existía para presentarlas en nuestro medio— eran un respiro en el panorama desolador de la exhibición cinematográfica en Colombia. Fue implacable a la hora de criticar el monopolio de los distribuidores que nos condenan a mirar los enlatados producidos en Hollywood. A este respecto cito unas líneas bastante elocuentes:

...la presencia totalizadora, cuasi exclusiva y excluyente del cine norteamericano comercial es intolerable y deletérea. Más del noventa y cinco por ciento del cine que se hace en el mundo no es accesible, no sólo en nuestro país sino, cada vez más, en zonas más vastas del mundo. Es una dictadura impuesta, calculada y destructora, una dictadura desinformante y deseducadora con resultados nefastos. No es sólo la imposición de un país y sus modos de vida sino también de un lenguaje primitivizado, de consumo inmediato y que deja huella e incapacidades indelebles. Es una política que perjudica incluso a las mejores tradiciones y los mejores aportes del país que ejerce este dumping universal. ["Año 101, la odisea de un medio" pág. 43]



Páginas de cine logra el cometido propio de la crítica: acercar el espectador a la obra. Antes que emplear terminologías abstrusas que despistan al público, como lo hace la mayoría de los críticos para esconder

su ineptitud, el autor ilustra con claridad, a veces en forma anecdótica, a veces analítica, sobre las formas narrativas del cine, logrando que el lector entienda y aprecie mejor este arte.

Finalmente puede decirse que en este tomo, al igual que en los anteriores, se conjugan las virtudes que hicieron de Luis Alberto Álvarez un crítico excepcional: la sensibilidad por el arte, la capacidad de análisis, la facilidad expresiva, la erudición, la sencillez y claridad del lenguaje. Estas *Páginas* son una verdadera lección de cine, al igual que una lección de crítica, de las que deberían nutrirse todos los que se dedican a este oficio. En ellas su autor logró lo que todo buen maestro se propone: enseñar, orientar, despertar interés y, sobre todo, contagiar su pasión.

VERÓNICA
LONDOÑO VEGA

...y dos

Páginas de cine

Luis Alberto Álvarez
Editorial Universidad de Antioquia,
Colección Celeste, vol. 3, Medellín,
1998, 489 págs.

En mayo de 1998 la Universidad de Antioquia publicó el tercer volumen de *Páginas de cine*, una selección de artículos del desaparecido crítico Luis Alberto Álvarez (1946-1996), escritos durante los últimos seis años de su vida. La mayoría fueron publicados en el periódico *El Colombiano*, donde él escribió semanalmente durante más de veinte años, y en la revista *Kinetoscopio*, que edita el Centro Colombo-Americano de Medellín, de la cual fue fundador y jefe de redacción.

Es fácil imaginar el sentimiento de frustración que debe producir la tarea de escoger entre los textos sobre cine de Álvarez, pues todos son tan elaborados y consistentes que uno se

inclinaria a pensar más bien en una edición completa. En esta ocasión se publicaron 65 reseñas, que se suman a las incluidas en los dos volúmenes anteriores publicados por la misma editorial. Este volumen, como los otros, agrupa las notas en capítulos temáticos; en este caso: El cine: la gran ilusión; Cine colombiano: el estado de las cosas; Allen, Lee, Altman: héroes locales; Bajo el signo del león; Un mundo aparte; Europa tan lejos, tan cerca; Los favoritos de la luna; y Nostalgia.

Un índice onomástico y otro por películas facilitan la consulta, ya que, una vez leído de corrido, este libro se convierte en una obra de referencia que seguirá cobrando profundidad y vigencia.

La presentación podría haber sido más generosa con el autor, pues la importancia y trascendencia de su labor ameritan un comentario consistente y analítico que lo sitúe en su justa dimensión y ayude al no cinéfilo a descubrirlo. No hubiera sobrado una foto suya en la contraportada o en algún otro lugar.

Álvarez comenzó a escribir sobre cine en el periódico *La Patria* en 1972 después de ordenarse sacerdote claretiano. Al año empezó a colaborar con *El Colombiano*. Tuvo programas en Radio Bolivariana y en la emisora de la Cámara de Comercio de Medellín. Dictó seminarios, cursos y conferencias en universidades y centros culturales. Realizó un cortometraje de ficción y un mediodocumental para la televisión alemana. En 1990 participó en la aventura de crear la revista de cine *Kinetoscopio*. Luchó mucho por un espacio de cine en la televisión colombiana. Recibió varios premios: Premio de Crítica Cinematográfica de Focine; Premio de Crítica Cinematográfica Hernando Salcedo Silva, Alcaldía de Cali; Mundo de Oro de la Cultura, periódico *El Mundo de Medellín*. Título de comunicador social-periodista, honoris causa, Facultad de Comunicación Social, Universidad de Antioquia, Medellín.

Ante la pobre oferta del medio, se equipó de controles remotos e invirtió buena parte de sus ingresos

en crear su propia videoteca, en la cual todos los realizadores del país quisieron ocupar un espacio.

Los últimos años de su vida no fueron fáciles. Sus padecimientos cardíacos comenzaron ocho años antes de su muerte; luego vino el cierre del Instituto Goethe, del cual era director cultural; su propuesta de escribir una historia crítica del cine documental en Colombia presentada a Colcultura no mereció en esa oportunidad la atención del jurado de dichas becas; el periódico El Colombiano no aprobó su proyecto de editar una serie con motivo de los cien años del cine; Teleantioquia suspendió una vez más su espacio de cine; sacrificios gastronómicos; trasteos...



Sin embargo, ante el diagnóstico de su mal, fue apareciendo un hombre sin miedo, que aceptaba el riesgo “por ganas de vivir, por confianza en Dios y en la ciencia”, rodeado de gente que le manifestó su afecto y admiración, eximido, al fin, de cuentas y aprietos económicos, honrado y distinguido en actos —oportunos y oportunistas— que lo reconfortaron. En la capilla de los últimos meses, para él fue importante sentirse reconocido, estimado, respetado, acompañado. Desprendido de todo sentimiento negativo, fue adoptando una actitud serena y feliz. “Soy el que estaba adentro”, dijo en alguna de sus últimas entrevistas. Creo que no sólo se refería a los kilos perdidos.

La sensibilidad de la mirada de Álvarez sobre el cine, su erudición y la claridad de su pluma, convierten sus notas sobre cine en cátedras abiertas, cargadas de lucidez, exentas de cinefilia pedante, siempre cen-

tradas en lo esencial, en la interpretación profunda del sentido de cada obra. La ignorancia del lector no impide entender sus argumentos. Álvarez expresa su punto de vista de manera sencilla y acertada, al margen de amiguismos. Con franqueza y generosidad entrega en cada artículo algo de su sabiduría. Devoto del buen cine, de mirada amplia, nítida, profunda, lúcida, contundente, no comulga con moralismos ni dogmas. A pesar de que sus opiniones tienen la gravedad de una sentencia, siempre guardan algo de ternura, cierta indulgencia, un aplomo.

El cine es una práctica cultural popular a través de la cual se puede y se debe educar al público, no sólo en los secretos de un lenguaje sino en el disfrute de un arte que enseñe y ayude a vivir. En Colombia esta tarea tan importante no se toma en serio. A fuerza de una oferta paupérrima y banal, el gran público ni siquiera siente la necesidad de ver otra cosa. En semejante desierto, Álvarez optó por ejercer el oficio de crítico, y se dedicó a transmitir sus interpretaciones de manera sistemática y rigurosa, convencido de poner a disposición de sus lectores lo que él consideraba importante.

El cine: la gran ilusión

El cine es algo que aprendemos a conocer desde niños y que solamente después empezamos a reflexionar sobre él. Pero en realidad, muchas de las mejores horas de nuestra vida, muchas de las proyecciones de nuestra imaginación, de nuestra fantasía, muchas de nuestras identificaciones con personajes, muchos de los estímulos a todo lo que hay de mejor en nosotros, a nuestro entusiasmo, a nuestra vitalidad, a nuestra sensibilidad, provienen precisamente de esas imágenes en movimiento. Que también de ellas se ha abusado muchísimo, se nos han presentado imágenes bastardas, imágenes de la peor calidad, imágenes mentirosas. Pero hay también un grupo de imágenes verdaderas, de imágenes reales,

vivas, de recuerdos de lo mejor del ser humano registradas precisamente en esa cinta de cine. Ésa es la razón por la cual escribimos sobre esas películas y seguimos asistiendo y seguimos viéndolas y buscando en ellas como un reflejo en un espejo, lo mejor del ser humano. [L. A. Álvarez, en La Palabra, Universidad del Valle, 1 de junio de 1994]

No existe un medio más interesantemente contradictorio que el cine. Después de cien años de existencia sigue siendo indomable, impredecible, y por tanto vital, como nunca. De todas las declaraciones de muerte se ha levantado de las maneras más inesperadas; las fórmulas que le han sido aplicadas en estas diez décadas nunca han funcionado realmente y una y otra vez los caminos que emprende por su propia cuenta dejan en ridículo a los mercadotecnicistas y a los futurólogos. La razón es simple y hay que buscarla en la afinidad del medio con la vida. [“Año 101, la odisea de un medio”, pág. 41. Ésta y las citas siguientes provienen del volumen reseñado]



La labor del crítico

Para Álvarez, la función del crítico es la de un espectador profesional; es decir, aquel que toma en serio la lectura de un filme y se informa para poner a disposición de la gente que va a cine informaciones y referencias que le ayuden a formar su propio juicio, incluso en contra del crítico. Además de su capacidad de intuir y de leer la película con profundidad, la escritura de Álvarez es excelente, lo cual amplió el rango de sus lectores e interlocutores.

Desde hace años llevo la carga de haberme dedicado a un medio que para muchos no merece ser tomado en serio y no es considerado como una actividad importante. En un país retórico como el nuestro, donde todas las comunicaciones se realizan a través de la palabra (y de una palabra inflada e imprecisa), las imágenes han sido descuidadas desde siempre. Es así como seguimos teniendo una televisión que en un alto grado podría ser apreciada con la pantalla oscurecida. En 1995, un siglo después de que el tren cruzara la pantalla y asustara a los espectadores del Café Indien, no hemos podido conformar todavía una cultura visual nacional, un cine que refleje y transmita nuestra identidad, con una cuantas excepciones que sólo subrayan amargamente la carencia generalizada. [pág. 19]



La universalidad de lo local

Cuando Álvarez habla de la elocuencia del cine mudo, del arte del documental, o de las grandes personalidades que han marcado la historia del cine, las referencias enciclopédicas cobran vida y humanidad. Conoce las intimidades de David Griffith, Buster Keaton, Jean Renoir, Federico Fellini, Robert Altman y de muchos otros directores, actores y productores pero, al margen de psicologismos, los presenta al lector con respeto y amor.

No hay necesidad de haber visto las películas para disfrutar los artículos de Álvarez. Sus comentarios son tan agudos e influyentes, que a veces es mejor que el lector haga el esfuerzo de formularse su propia opinión sobre una película antes de leerlo, so pena de quedar predeterminado por su lucidez. Entonces es

posible maravillarse por la forma como Álvarez expresa lo que había de importante o no en una obra. Sin moralismos, establece lazos esenciales para ilustrar lo que un buen guion dice de la vida.

En el contexto de lo que está sucediendo en este momento en el mundo, los planteamientos de Fiebre de selva no tienen nada de retóricos ni de tema de conversación. Ver esta película contemporánea con los disturbios de Los Ángeles, el crecimiento aterrador del racismo y de las guerras civiles en Europa, el caso de la Universidad Libre de Barranquilla, los gamines rociados con gasolina mientras duermen en las ciudades colombianas, nos hace dolorosamente lúcidos, conscientes de que los retrocesos absolutos del ser humano no son sólo factibles sino hechos reales, de que la convivencia de las personas se ve obligada a partir una y otra vez del mismo cero, a verse ante los mismos fosos, los mismos muros, las mismas diferencias, absurdas y banales en sí, considerándose insuperables por extrañísimos condicionamientos, se establecen como banderas, como valores absolutos para defender. [“Los retrocesos absolutos”, sobre Fiebre de selva, de Spike Lee, pág. 121]

Cine colombiano: el estado de las cosas

Releyendo estas *Páginas de cine*, se dispone de las claves para formular una política del audiovisual en el país. Álvarez estudió los antecedentes, analizó con agudeza la evolución histórica, observó con atención las propuestas que iban surgiendo, tanto en el ámbito de la expresión como en el de las políticas —o, mejor, seudopolíticas— en materia de organización de la industria nacional, sugirió alternativas y estrategias; señaló las prioridades audiovisuales inaplazables para el país, denunció las incoherencias y carencias del sistema, fue inclemente con la distribución mercantilista, explicó sus

decepciones frente a las alternativas abortadas, como es el caso de los canales regionales.

Lástima que en estas páginas no se haya incluido alguno de sus artículos sobre el documental en Colombia, ya que él consideró ese género como uno de los más ricos e interesantes de nuestro cine, y la integración de las técnicas de cine y video, una opción estética con asombrosos resultados visuales, al servicio de las profundizaciones temáticas llenas de humanidad, conciencia social y humanista.



A pesar del respeto que provocaban sus reflexiones, poco cambió, pero él siguió predicando en el desierto:

No es por añadir una más a la absurda cadena de historias que se producen en este país y que, si no fuera por sus posibilidades literarias, no quisiera uno ni mencionar. Es, más que nada, por dar a conocer lo que, hoy por hoy, no tiene la menor posibilidad de ser de otra manera, pero, con el tiempo y cuando de verdad se tenga una voluntad de cambio, a lo mejor pueda convertirse en material de reflexión: saber cómo no deberíamos ser o seguir siendo. [“La Compañía de Fomento Cinematográfico y el cadáver del cine colombiano”, pág. 68]

Durante un tiempo soñamos con que los canales regionales iban a tomar otro camino y a constituirse en alternativa. Muy pronto, sin embargo, la falta de imaginación llevó a la imitación servil de las gastadas fórmulas de la televisión nacional... [“Reflexiones desor-

denadas", conferencia dictada en el ciclo "Bajo el cielo colombiano". Cinemateca Distrital de Bogotá, 1995, pág. 60]

A través de esta recopilación de artículos, que de otra manera estarían dispersos, difíciles de localizar, la palabra de Luis Alberto Álvarez sigue viva, vigente como un evangelio, aunque duele comprobar que ya no esté para aprenderle más, pues no es común que un país cuente con alguien con tanto para dar, con tantas ganas y convicción de la necesidad de hacerlo. Su desaparición empobrece nuestra visión del mundo, nuestro sentir del cine.



El último capítulo del libro, "Una imagen del cine", incluye doce fotografías en blanco y negro, que si bien hacen referencia a algunas de las películas o autores comentados en alguna parte de los artículos, refleja una investigación gráfica poco rigurosa. La calidad de la impresión fotográfica no es buena, y la selección parece corresponder al hallazgo fortuito de fotos en algún cajón de los archivos de Álvarez. Tal vez si llevaran otro título, algo así como "Entre las preferidas del autor", se justificaría mejor su selección e inclusión. Los pies de foto indican el nombre de los actores, pero informan más sobre la fuente de donde fueron tomadas que sobre la foto misma; no aparecen los títulos originales de las películas, en algunos falta el país o la fecha. Me explico: de *El primer beso* (1896) —cuyo título original es *The Irving's Kiss in May*—, saltamos a *Confesión a Laura* de Jaime Osorio —faltan el año de producción y el país (1990, Colombia)—. Siguen *La lista de Schindler*, *Refugio para el amor*

(1990) de Bertolucci, *El olor de la payaya verde* (1993), *El espíritu de la colmena* (1973), *Lo que queda del día* (1993), Federico Fellini (1977), *La strada* (1954); Jean Renoir (sin fecha), *El navegante* (1924), Audrey Hepburn (1953).

El artículo "Trenes y cine" (pág. 32), que se presenta como inédito, fue publicado en el *Magazín Dominical* de *El Espectador* en 1995.

Páginas de cine es un libro imprescindible para quienes aman el cine, se sienten atraídos por él o simplemente se preguntan por qué es buena una película más allá del gusto personal. Las palabras que el mismo Álvarez utilizó para referirse al libro *La aventura del cine en Medellín* de Edda Pilar Duque, caen como anillo al dedo para concluir esta reseña:

Me parece importante recomendarles este texto a los lectores comunes y decirles que no se trata de una disertación académica para curiosos especializados sino un libro entretenido, documentado, lleno de datos desconocidos. Estoy seguro de que lo disfrutarán mucho, máxime que su precio es relativamente accesible y no produce remordimientos de conciencia. [pág. 83]

MARÍA LUCÍA
CASTRILLÓN

La imaginación no es competencia del Fondo Monetario Internacional

Gabriel García Márquez:

**La vocación de un narrador
de los eventos de la cotidianidad**

Revista *Anthropos*, 187, Barcelona,
noviembre-diciembre, 1999, 112 págs.

Es corriente en cualquier escrito sobre García Márquez que las primeras frases digan más o menos siem-

pre lo mismo: que se ha escrito tanto sobre Gabo que no vale la pena añadir algo más a lo ya dicho, aunque, sin embargo, en este caso en especial se hará una excepción a la regla... y bla, bla, bla.

Como se desprende del título de este número de la revista *Anthropos*, de Barcelona, se trata de una edición monográfica que debiera llamarse en realidad poligráfica, si es que lo mereciera. Pero no lo merece. En primer lugar, nunca nos dicen quién es el autor de la sección editorial que ocupa casi la mitad de la revista; aunque no importa. Tal vez lo hayan hecho, o hayan evitado hacerlo, por simple vergüenza. Porque es malo. Un sartal de largas citas de autores como Isaacs, Sarmiento, Valle Inclán (típica referencia americanista para los españoles), Borges (cuándo no), Cortázar, Roa Bastos, Saramago, Jorge Edwards, Pedro Gómez Valderrama, junto a otras muchas, por supuesto, de *El olor de la guayaba*, o de ese catálogo de anécdotas que es *El viaje a la semilla* de Dasso Zaldívar, así como algunas tomadas de *Cómo aprendió a escribir García Márquez* de Jorge García Usta, el libro que empezó a destacar la presencia de Clemente Manuel Zabala en Cartagena, que es uno de los tópicos que ahora están de moda, cuando ha bajado la fiebre por el otrora tan cacareado "Grupo de Barranquilla". Todo está aderezado, como en una ensalada, con extensos pasajes del libro de Carmenza Kline, *Los orígenes del relato. Los lazos entre ficción y realidad en la obra de G. G. M.*

A esta parte de la revista la salvan a medias no solamente la larga fila de trozos de Gabo sino también la frase de Manuel Rivas, que aparece de pronto y casi fuera de contexto: "La Literatura sigue teniendo una capacidad subversiva porque la imaginación no es competencia todavía del Fondo Monetario Internacional". Tampoco están mal algunas frases de Bryce Echenique en defensa del escritor latinoamericano (la mirada paternalista de la madre patria todavía condesciende, así se trate de García Márquez —al fin y al cabo, un